

I.

D. JOSE ANTONIO TORRES.

---

Érase D. José Antonio  
Labrador recto y honrado,  
Con un alma muy mas limpia  
Que de nieve copo blanco;  
Tan noble como valiente,  
Tan fino como esforzado,  
Dulce con los infelices,  
Con los vencidos humano.

PRIETO, ROMANCERO NACIONAL.

Todos los pueblos siguen en su existencia una marcha progresiva señalada por el dedo de la Providencia, de tal suerte, que, tarde ó temprano, llega un día en que por haber adquirido ya cierto desarrollo, el suficiente por lo menos para conocer su situación moral, empiezan á figurar verdaderamente como naciones cultas. Ese día, principio de una nueva marcha, de una nueva era y aun de una nueva civilización, debía llegar para México, que dominado tantos años por España, sentía germinar en su suelo los grandes principios de libertad é independencia, estimulado eficazmente por el ejemplo de sus vecinos del Norte. Y ese día llegó cuando se extendió, por poco que fuese, el espíritu de ade-

lanto y de conocimientos, que ha sido el timbre de gloria del siglo XIX. Las ciencias y las artes han influido siempre y seguirán influyendo en la marcha política de las naciones, porque esta es consecuencia necesaria del estado de su cultura.

Sin duda que México no había llegado en la época de la Independencia á un estado tal de adelanto que pudiera considerarse como la única causa de tan notable suceso, motivo por el qué hay que tener en consideración á mas de la necesidad moral de que los pueblos sean libres, otras más sensibles, tales como el mal trato que los naturales del país sufrían de los españoles, el ningún acceso que en la administración y en el gobierno tenían, las gabelas que sobre ellos pesaban, y por último, los trastornos políticos de la Metrópoli, que hacían por una parte, tener más confianza en el triunfo á los que la independencia de su patria proclamaban, é inspiraban, por otra, el temor de que á consecuencia de esos nuevos trastornos, pasara la Nueva-España á poder de los franceses, y de esta manera del yugo de Carlos IV y de Fernando VII, al de Napoleón I. Esta idea que muy grabada estuvo en la imaginación de los valientes patriotas independientes, les hizo palpar la servidumbre en que se hallaban y el yugo á que estaban sometidos, pues se convencieron de que por solo la voluntad del Rey de España, podría pasar el país al dominio de otra na-

ción extranjera, como cualquier mueble de traspaso, sin contar para nada con la voluntad de ese pueblo esclavizado; y triste, muy triste debía de ser esa idea para los que sintieran latir en su pecho un corazón americano!

No poco influjo tuvo también en la Independencia del país el célebre Barón de Humboldt, que con sus vastos conocimientos y su esclarecido talento, cooperó eficazmente por medio de sus análisis sobre la riqueza de Nueva-España y sobre su estado político, á la generalización de los conocimientos locales, tan necesarios para impulsar aquella grande obra.

Así pues, la consecuencia lógica de tan grandes causas fué la proclamación de la Independencia por el venerable cura de Dolores. Muchos son los que censuran la manera poco apropósito con que estalló la insurrección, la falta de un plan político y militar y finalmente la mala dirección que se le dió, según ellos, á la revolución gloriosa de 1810. Más si se atiende á que la revolución estalló, obligados sus autores beneméritos por la traición y la tiranía, ántes del tiempo que ellos habían fijado para principiarla, y por tanto cuando aun no tenían los elementos suficientes, se verá que sólo los heróicos esfuerzos de los mártires de la Independencia, pudieron bastar para sobreponerse á las mil dificultades que á tan noble empresa se opusieron.

Guadalajara, capital del reino de la Nueva Galicia, en la época en que se proclamó la independencia de México, era una ciudad de 45,000 habitantes, modesta y bien hallada con el gobierno colonial porque el atraso intelectual en que se encontraba y la falta de comunicación con poblaciones más cultas, hacían que fuesen bien cortas sus aspiraciones.

Sus casas, con muy reducidas excepciones, eran todas de un solo piso, con grandes salones, numerosos patios y enormes corrales; atendiendo sus constructores á la solidez del edificio, descuidaban por completo la simetría y adorno exterior, de suerte que mientras sus paredes medían uno y dos metros de espesor, rara vez tenían dos puertas la misma altura. Las calles anchas y bien orientadas, carecían de empedrados y aun de aceras, y la irregularidad de las altas ventanas casi todas desiguales y con rejas de madera, les daban un aire triste y desagradable. La plaza principal rodeada de corpulentos fresnos, las numerosas plazuelas cubiertas de zacate y las calles escuetas, imprimían á la ciudad un aspecto melancólico, que revelaba el poco movimiento que reinaba en ella.

En el interior de las casas, mientras abundaban las bajillas de plata y era raro el que, perteneciendo á la clase medianamente acomodada, carecía de ellas y de su tabaquera de oro, faltaban los objetos más

precisos para la comodidad y que ni aun siquiera se conocían. No se usaban las alfombras, viéndose apenas en los estrados de la mejor sociedad, tiras angostas de gruesas esteras que en pequeños espacios cubrían los polvosos y cacarizos ladrillos; incómodos canapés forrados de seda de color rojo ó amarillo subido, cubiertos por blanquísimos forros de lienzo de algodón que se mudaban des veces por semana, unas mesas rinconeras, y unas sillas de bejuco con alambre amarillo incrustado, formaban el menaje de las salas, en las cuales se veían por adornos algún mal cuadro de la virgen de los Dolores ó de Guadalupe, tres ó cuatro estampas iluminadas de María Stuardo y algún espejo de cortas dimensiones con ancho marco de pino pintado, con columnitas delgadas con capiteles dorados. En el comedor veíanse espaciosísimas mesas de finas maderas sin pintar, á las que se sentaban por los lados en bancas de pino con anchos y lucientes clavos y en equipales á la cabecera, sirviéndose comidas tan frugales como valiosas eran las bajillas en que se presentaban; y si se recorrían las piezas de habitación, se encontraban amuebladas por camas de madera y enormes roperos de pino pintado, con estampas en las puertas que representaban en grandes dimensiones el ojo de la Providencia, con motes muy legibles que decían "Dios me vé." Entraba la luz á las recámaras al través de los postí-

gos de las puertas, cubiertos con papel de estraza, viéndose en una que otra casa azulados cristales.

En los trajes había la misma relación de lujo, pues aunque todas las señoras de la buena sociedad los tenían de muy fina seda, usábanlos únicamente en las grandes festividades del año, luciendo diariamente rebozos del Saltillo ó *ametallados*, enaguas de transparente gasa, anchas mascadas que les cubrían el pecho y la espalda y zapatos corrientes, mientras que los caballeros vestían casaca ó chupa de seda, largo chaleco, pantalón corto, media de seda y zapato bajo con hevillas de oro, usando recientemente el cabello corto y peinado para adelante cayendo en forma de fleco recortado sobre la frente, y cubriéndose con unos enormes sombreros llamados de *empanada* por la figura que tenían. Los coches si que no eran tan escasos como hoy se crée, pues, aunque pobres y feos, tirados por raquílicas mulas que llevaban al cochero montado, los tenían personas que en proporción á su fortuna hoy no los tienen, así es que se veía llena de ellos la calle de la espalda de la Catedral á las horas del coro, que esperaban á los canónigos sus dueños, y en las tardes llenaban el paseo de la alameda y del molino de Joya, donde los domingos tocaba la música del batallón de Toluca.

No se encontraba ningun *restaurant*, sino solo algunos sucios mesones, y aunque existía el feo teatro

que llamaban "el coliseo," rara vez se representaba algún soporífero entremes.

En toda la ciudad no había más que una escuela pública de primeras letras, sostenida por el Consulado, y los particulares apenas podían confiar la enseñanza de sus hijos á algun pedagogo que alternaba sus lecciones con el trabajo de encuadernador á que se dedicaba preferentemente. No había periódicos y solo unos cuantos recibían la Gaceta que se publicaba en México, recreando su inteligencia los más despreocupados con la lectura de las Ruinas de Palmira ó del Baroncito de Faublas que alcanzaban á la sazón grandísima fama.

Por las noches era el juego la diversión favorita de las familias principales, reuniéndose en las casas de los Sres. Canónigos Cerpa ó Delgado los más acaudalados hacendados y las señoras más respetables, entreteniéndose ora en jugar la malilla sirviendo los bueyes de sus haciendas de unidad para los *pasos*, ora en apostar las onzas de oro de que llevaban bien provistos los bolsillos, á la aparición de las cartas en el juego del monte.

Alumbrábanse en las casas con velas de sebo, reservándose para las salas el uso de las de cera, y como no se conocía el alumbrado público, permanecían las calles en la más completa oscuridad, disipada únicamente de cuando en cuando por la luz de los hachones de brea que usaban los pocos transeuntes.

La más completa intrasijencia dominaba todos los actos de aquella sociedad, al grado de registrarse todavía no ha mucho tiempo en los archivos de la antigua Audiencia, dos procesos célebres porque revelan el espíritu que dominaba. El uno fué formado á un indio rico porque usaba casaca, y el otro era un *recurso de fuerza* interpuesto por D. Marcial Rodriguez porque habiendo hecho una solicitud ante el Obispo Cabañas en la que decía: "D. Marcial Rodriguez ante V. S. &." decretó el prelado "presentándose en forma se proveerá;" porque decía que Marcial Rodriguez, el antiguo campanero de Tlajomulco, no tenía el *don*. Lastimado éste en su amor propio con aquella resolución, se quejó de *fuerza* ante el tribunal civil, resolviendo por último la Audiencia, que no hacía fuerza el Obispo porque Marcial Rodriguez no tenía derecho á usar el *don*.

Por último, en aquella sociedad imperaba una completa buena fé, grande respeto á las autoridades, el patriotismo más desinteresado y los más generosos sentimientos, propios de aquellos pueblos que no han gastado su corazón en las intrigas políticas, ni agotado sus fuerzas en las guerras civiles.

Una de las primeras noticias que se recibieron en Guadalajara del levantamiento de Dolores, fué la que comunicó el 21 de Setiembre D. José Simeon de Uría que iba de diputado á las Cortes de Cadiz, por un propio enviado desde Arroyo Zarco, avisando

do al Ayuntamiento "sobre que D. Domingo Allende á atacado varios pueblos," según se expresaba en el brevete.

Queriendo Hidalgo al comenzar su empresa, suplir la falta de ramificación de la revolución en las provincias de México, por medio de emisarios encargados de excitar á aquellos pueblos, y siendo la provincia de Nueva-Galicia de suma importancia, mandó á ella con el referido objeto al Sr. D. José Antonio Torres, primer caudillo de la independencia en Jalisco y uno de sus más patriotas defensores, que á una honradéz sin tacha, reunía un generoso corazón y un valor á toda prueba.

El nombre de Torres significa en la historia de ese periodo, la abnegación y el sacrificio, la heroicidad y el martirio. En una época en que la sangre corría á torrentes, en que las persecuciones se sucedían á las victorias y las represalias más horrendas eran la continuación del triunfo, es notable y satisfactorio encontrar jefes que, como Torres, se mantuvieron siempre á la altura de un generoso vencedor. Sin éste la revolución habría terminado en Aculco; pero sus esfuerzos y su intrepidez suministraron á Hidalgo poderosos refuerzos, á la revolución numerosos defensores y gran pábulo al incendio revolucionario de la Nueva-España.

En la época de que me ocupo, la autoridad de Guadalajara residía en el Brigadier D. Roque A-

barca, que era además Presidente de la Real Audiencia é Intendente. Con motivo de la prisión del Virrey Iturrigaray en 1808, Abarca que la había reprobado aunque sometiéndose sumisamente á la autoridad que fué puesta en su lugar, desmereció la confianza de los comerciantes y ricos españoles de México y de Guadalajara, que llevaron su insolencia hasta amenazarlo si no declaraba traidor á Iturrigaray, habiendo perdido desde entónces su influencia como gobernante, al grado de que sus mismos subordinados hacían muy poco caso de su autoridad: el Comandante de la división del Sur D. Francisco Palacios de Vilchez, abandonó su puesto cuatro veces yéndose á México sin su licencia, y habiéndose desertado un hijo de éste que servía de teniente de milicias, Abarca dió parte al Virrey Garibay y la respuesta fué ascender al culpable al grado de capitán.

Por todo esto y abusando de su debilidad, promovieron aquellos influentes españoles la formación de una Junta que, con el título de *Superior Auxiliar de Gobierno, Seguridad y Defensa de Guadalajara*, solo sirvió para debilitar la acción de éste. Tal junta presidida por el Dr. D. Francisco Antonio de Velasco, estaba compuesta de sacerdotes, letrados y comerciantes, con lo que está dicho que la dirección de la guerra y los medios de defensa no estaban en las más hábiles manos. El día 29

de Setiembre se instaló la expresada junta y expidió la siguiente proclama:

“Habitantes de Guadalaxara y de todo el Reyno de la Nueva Galicia.

Vuestra noble Paz, lealtad y union, vuestro generoso candor y sencillá buena fé, y vuestro inviolable amor al buen orden y sociogo público: Son tan patentes y exemplares á toda esta America, como gratas á las Potestades que legitimamente nos gobiernan, y que congregadas la noche del dia de ayer en el Real Palacio de esta Capital, han tenido la dignacion de Constituirnos auxiliares suyos y de su poder, encomendandonos el desempeño de las funciones mas graves y conducentes, á conservar y defender la tranquilidad comun, y con ella, las vidas é intereses de los particulares, en unas circunstancias en que tanto peligran, si no se sofocan en su principio, el alboroto, confusion y desórden, ni se ataja el progreso de los horrores y estragos, de que ya sabreis, que son infelice víctimas la Villa de San Miguel el grande, el Pueblo de Dolores, y algunos otros de la Nueva España. Mirad en ellos por un momento la sangre que ha corrido, las familias que han perecido, ó quedado hechas juguete de la indignancia, los espantables crímenes que se han cometido, y en una palabra, la debastacion que en ocho dias solos ha producido el fuego abraador, y la desenfrenada furia de las pasiones

mas crueles, fomentadas por la rebelion. Volved despues los ojos á estos preciosos Países, en que vuestras virtudes religiosas, morales y políticas presentan el espectáculo mas satisfactorio, en la subordinacion de hijos á Padres, de criados á sus Amos, de subditos á Superiores y Magistrados; y en la cordial y reciproca benevolencia de los Hermanos, Parientes, Amigos y Conciudadanos. Uníos mas estrechamente con lazos tan Sagrados: no deis oído á las máximas subersivas, que intentan cortarlos; escuchad atentamente, y observad las persuaciones y exemplos de vuestros zelosos Párrocos y demas Ministros del Santuario; sed fieles á vuestros juramentos, y estad subordinados como á Dios, á las Potestades legítimas; no altereis vuestro reposo, ni perdais la felicidad que os proporciona; traed á la memoria el valor y constancia que os distinguen, y á que se debió no muchos años ha el haber exterminado un ruidoso tumulto en el populoso Real de Guanaxuato: contribuid á los designios de este congreso: y estad seguros, de que los miembros que lo componemos, nada omitiremos para llenar la confianza del Gobierno, ni perdonaremos á fatigas, desvelos, ni sacrificios, por grandes que parezcan, á trueque de alcanzar en obsequio vuestro, la mejoría y adelantamiento de vuestros verdaderos y sólidos intereses, á que por tantos títulos sois acrehedores. Junta Superior auxiliar de Gobierno,

seguridad y defensa, Guadalaxara, Septiembre 30 de 1810.—*Roque Abarca.*—*Juan Nepomuceno Hernandez de Alba &c.*—*Dr. Juan Josef Cordon.*—*Dr. Toribio Gonzalez.*—*Angel Antonio Mazon.*—*Juan Mannel Coballero.*—*Josef Maria Zabala.*—*Dr. Francisco Antonio de Velasco.*—*Dr. Fr. Josef Mestres.*—*Francisco Vicente Partearroyo.*—*Josef Antonio Dávalos.*—*Ignacio Estrada.*—*Miguel Portillo.*—*Tomás Ignácio Villaseñor.*—*Vicente Garro, Secretario.*”

Esta se mandó á todos los curas con la siguiente circular, que demuestra el celo que el Sr. Obispo Cabañas desplegó por combatir una insurrección tan gloriosa.

“El exemplar que acompaña á este, es de la proclama publicada por la Junta Auxiliar de Gobierno instalada en esta capital el 29 del último Setiembre: su tenor instruirá á U. de los loables sentimientos que promueve, y de las interesantes verdades que conviene inculcar con la mayor viveza y poner en toda claridad á la vista del pueblo para evitar su seducción, y los considerables trastornos que le son consiguientes; como lo espero del celo, fidelidad y patriotismo que U. ha acreditado siempre y exigen las urgentes circunstancias del dia. Al efecto publicará dicha proclama desde el púlpito, y la fijará en la puerta principal de la Iglesia para que pueda el pueblo cómodamente enterarse de su contenido.—Dios guarde á U. muchos años.

Guadalajara, Octubre 4 de 1810.—† JUAN CRUZ, Obispo de Guadalajara.”

No se limitó el Prelado á exhortaciones, sino que pasando á los hechos, formó un escuadrón para combatir la Independencia que llamó de la “Cruzada,” compuesto del clero regular y secular, sacristanes y personas adeptas, que llevaban por distintivo una cruz roja en el pecho, y que se reunían y hacían ejercicios militares á toque de campana, y no contentos aun con eso, haciendo uso de cuantas armas se podían esgrimir contra la nueva causa en una sociedad ignorante y fanática, fulminó en 24 de Octubre en un largo edicto, excomunió “contra quantos han admitido ó admitieren, aconsejado ó aconsejaren, aprobado ó aprobaren, auxiliado ó auxiliaren, promovido ó promovieren, recibido ó recibieren la correspondencia, sedición y seducción de esos protervos; contra el Cura Hidalgo, sus aliados Allende, Aldama y Abasolo, sus compañeros y secuaces y quantos de cualesquiera suerte voluntariamente aprueben, auxiliaren, ó favorezcan sus proclamas, planes, opiniones y designios.”

Abarca, por su parte, llamó á las armas á los provinciales, hizo venir fuerzas de Colotlán y reunió más de doce mil hombres segun él mismo refiere.

Ese era el estado de la Nueva Galicia al tiempo de iniciarse en ella la gloriosa y sangrienta guerra de independencia.

Cuando el Sr. Hidalgo se dirigia á Guanajuato

en Setiembre de 1810, se le incorporó en Irapuato el Sr. D. José Antonio Torres, administrador de una hacienda vecina, por lo que sus soldados le llamaban el “amo Torres.” No pudo conocer el venerable cura Hidalgo en aquel momento el mérito de su nuevo aliado, ni comprender tampoco los servicios eminentes que habia de prestar á su causa.

D. José Antonio Torres era mestizo, natural de S. Pedro Piedra Gorda en el Estado de Guanajuato; y de Irapuato pasó con su comisión á Michoacán y Nueva Galicia insurreccionando pueblos y procurando disciplinar á aquella turba, que, compuesta en su mayor parte de indígenas de Zamora, Zacoalco, Sayula, Colima y otros pueblos, sin más armas que hondas, lanzas y palos, tenía que sostener sus derechos sagrados contra fuerzas bien equipadas y disciplinadas.

La presencia del nuevo caudillo independiente en la Nueva Galicia puso en alarma á sus autoridades, que comenzaban á inquietarse por la presencia de algunos insurrectos por el rumbo de La Barca á donde marchó luego el Oidor Recacho con la primera división, para bien pronto volver vergonzosamente derrotado por Navarro, Portugal, Huidrobo y Encarnación Rosas.

Trabóse bien pronto cierta rivalidad entre el Ayuntamiento y la Junta de Seguridad excitándose recíprocamente á prepararse á la lucha y aun inculpan-



do su respectiva morosidad. El Ayuntamiento con fecha 17 de Octubre dirigió á la Junta un oficio manifestando que aunque se había nombrado por ella Comandante de la artillería á D. Ramón Candamo, no creía que tuviera las luces necesarias, por lo cual proponía al Capitan D. García Cerpa por haber sido marino; repitiendo sus instancias tres días después y quejándose de: Contestó la Junta el 24, negando que estuviese en inacción, "pues hay mucha diferencia, decía, entre el proponer una cosa á ejecutarla y todo el patriótico celo de V. S. debe estar convencido de esto cuando con toda su actividad y eficacia no ha podido aun aprontar las mil sillas de montar que desde el 2 del presente se le pidieron," y en muestra de su celo, manifestaba que había ya ordenado que ningun europeo pudiera salir de la plaza. En oficio del 20 le decía la corporación municipal al Presidente Abarca: "La Junta auxiliar por componerse de tanto vocal, entorpece las providencias actuales que deben ser todas executibles." pasándose en estas inútiles observaciones un tiempo que no supieron aprovechar.

Luego que en Guadalajara, á fines de Octubre de 1810, se supo la toma de Zacoalco por Torres, se nombró al Sr. D. Tomás Ignacio Villaseñor, rico hacendado, Mayorazgo de Huejotitlán y Teniente Coronel, (tio del autor) para que con la segunda división saliera á batirlo. En la capital se hizo co-

rrer la especie de que el ejército insurgente era una chusma cobarde de indios que huirían sin combatir; que su jefe era un hombre rústico, enteramente inepto para la guerra y otras semejantes, que tuvieron por objeto infundir valor en los soldados de Villaseñor y entusiasmar á los jóvenes de la capital. Así sucedió; multitud de estos dedicados á las letras y al comercio y que formaban la flor de la juventud en Guadalajara, llenos de entusiasmo y creyendo dar un paseo triunfal, se presentaron en las filas realistas. La división de Villaseñor se componía de dos compañías de jóvenes voluntarios, de tres compañías de Tepic, del Regimiento de la Corona y del de Nueva Galicia, de los milicianos de Colima, de las tropas de Colotlán y una pieza de artillería de la marina. Salió de la capital el jueves 1<sup>o</sup> de Noviembre de 1810; pero Torres en lugar de huir como esperaban los defensores del Rey, se preparó para la batalla, mas queriendo evitar la efusión de sangre, porque su carácter fué siempre sumamente humano, dirigió una intimación á Villaseñor; quien en vez de aceptar la paz, contestó al valeroso insurgente que "pronto tomaría venganza de su traición, ahorcándolo."

El domingo 4 de Noviembre dejando las fuerzas realistas el almuerzo preparado en Sta. Catarina, fueron á batir á los insurgentes; pero el resultado no correspondió á sus esperanzas é ilusiones. Ape-

nas formados en batalla, Torres presentó sus desnudos pero decididos soldados, que al punto se precipitaron sobre el enemigo por todos sus flancos, y le arrollaron completamente, despidiendo sobre él una lluvia de piedras, tan tupida que no le permitieron disparar el segundo cañonazo. La acción se dió á inmediaciones de Zacoalco y fué de las más sangrientas, pues según noticias de un testigo que al día siguiente se encontró en el campo, hubo doscientos cincuenta y siete realistas muertos, que él mismo contó.

Durante la batalla, un soldado insurgente lazó con un cabestro al Sr. Villaseñor que fué salvado de una muerte segura por uno de sus vaqueros que violentamente cortó el lazo con su espada, y de esta manera fué hecho prisionero y presentado al Sr. Torres. Este generoso vencedor no obstante el furor de sus soldados, y á pesar de la injuria y amenazas que un día ántes había sufrido del jefe realista, en vez de sacrificarlo, ensangrentando sus laureles, lo trató con toda clase de consideraciones, poniéndolo después en libertad. Este hecho basta para conocer el corazón nobilísimo del distinguido patriota mexicano, que así daba una lección á los jefes españoles que sedientos de sangre, no la aprovecharon, porque al ser defensores de la tiranía y de la injusticia tenían que pagar tributo á la mezquindad de sus pasiones!

En la batalla de Zacoalco quedaron prisioneros, además del jefe Villaseñor, D. Leonardo Pintado, jefe de las tropas de Tepic, D. Salvador Batres, capitán de voluntarios, y otros muchos sin que á ninguno de ellos se les hiciera el más insignificante daño, habiendo muerto entre otros jefes, el teniente del regimiento de la Corona, Gariburo y D. Pascual Rubio, Comandante de las compañías del comercio. Así perecieron una multitud de personas acomodadas, víctimas del engaño y la superchería, y los que por aquella expedición creían obtener una ascensión al Capitolio, encontraron sólo una prematura muerte.

Para juzgar de la rusticidad é ignorancia de los soldados vencedores, baste saber que muchos de ellos que se apoderaron de los relojes pertenecientes á los españoles muertos, al oír el ruido del movimiento de las máquinas, los arrojaban furiosos contra las piedras diciendo: "tienen el diablo adentro."

Los Sres. Alamán, Arrangoiz y otros aseguran que la batalla de Zacoalco tuvo lugar el día seis de Noviembre, y el Sr. Alvarez que el siete; pero estoy informado por un testigo presencial, que se verificó el domingo cuatro de Noviembre de 1810 cerca de las ocho de la mañana.

Tan luego como se supo en Guadalajara el desastre de Zacoalco, cundió por toda la población un pánico atroz y muchos españoles se prepararon

para salir de ella, porque temieron ser víctimas de la turba.

La "Junta Auxiliar de Gobierno" se disolvió inmediatamente; lo mismo sucedió con el cuerpo de la Cruzada, yéndose el Obispo precipitadamente para San Blas; y el Presidente Abarca viendo que no tenía tropas con qué resistir, porque las que no habían sido completamente destruidas se habían desertado, quedándole únicamente 110 reclutas y un oficial veterano, y viendo también que los mismos españoles, que debían ser los más interesados en que se verificara la defensa, no querían ya á consecuencia del terror que los dominaba, prestarse para ella, sino sólo salvar sus personas por medio de la fuga, diciendo en una junta á que aquel los convocó "que no eran soldados y no debían cuidar sinó del número uno," se retiró á la villa de S. Pedro donde se enfermó pocos dias después.

Torres, cubierto de gloria, tanto por el triunfo como por su noble y generosa conducta, dió parte al Sr. Hidalgo y se dispuso luego para ocupar la capital de la Nueva Galicia. De allí salió á encontrarlo hasta el pueblo de Santa Ana una comisión nombrada por el Ayuntamiento y encargada de conseguir del caudillo victorioso, garantías para los habitantes, y compuesta de los Sres. D. Ignacio Cañedo y D. Rafael Villaseñor. El vencedor, que tan humano se había mostrado, no pudo ménos que ser

consecuente con los nobles sentimientos de su corazón y ofreció sin repugnancia las garantías que se le pedían.

Llegó á Guadalajara, el 11 de Noviembre á las nueve de la mañana, é hizo su entrada triunfal por la garita de Mexicalzingo, conservando en sus tropas el mayor orden, de manera que más bien parecían compuestas de soldados veteranos que de indios desorganizados é incultos. Tan luego como ocupó la capital guardó fielmente la palabra dada, se aconsejó de uno de los jurisconsultos de la Audiencia, reorganizó esta reemplazando á los Oidores españoles que habían huido, y dió un bando de policía en el que expresó la norma y el plan de sus procedimientos. El mismo dia entraron los Coronales insurgentes Portugal y Navarro procedentes de La Barca donde habían derrotado á Recacho, suscitándose entre ellos la cuestión sobre quién habría de ejercer el mando. El vencedor de Zacoalco no quiso resolverla por sí, sino que tomando el mando interinamente, dió parte á Hidalgo de lo acontecido y lo invitó á que viniese á recibir el mando supremo.

En la confusión de ideas políticas y económicas que reinaba en la revolución, uno de los más lamentables errores que prevalecían en los ánimos de los independientes, fué la creencia de que los europeos poseían injustamente bienes en nuestro país,

y de allí dimanó una serie de medidas no solo impolíticas, sino inicuas que no contribuyeron poco para desprestigiar la nueva causa. Torres no pudo eximirse de semejantes errores y preocupaciones, así es que á los dos dias de ocupada la capital de la N. Galicia, pidió al Ayuntamiento que nombrase una comisión para que inmediatamente procediera al embargo de aquellos bienes, y habiendo nombrado la Corporación Municipal á los Sres. D. Martín Dávila, D. Felipe Solís, D. Mariano Rodriguez, D. Manuel Berdeja, D. Ramón Parra y D. Josef Zapata, todos vecinos muy distinguidos, les fué expedida la siguiente curiosa credencial, que revela á la vez que la más crasa ignorancia, una honradez notoria, supuesto que aun para los despojos injustificables se encargaba al mismo Ayuntamiento, depositándose los bienes en toda forma.

*Don Jose Antonio Torres Capitan Comandante de la Division de las Tropas Americanas por el Exmo. Sr. Capitan General Dr. D. Miguel Hidalgo y Costilla, Comandante General de las Armas en esta Ciudad y su Provincia.*

Por el presente autoriso con facultad amplia y bastante, quanta necesaria sea, á los Comisionados que ha nombrado el llustre Ayuntamiento para el embargo de los Bienes de los Europeos que haya dentro de esta Ciudad anotando por mayor los que

sean con fee del Escrivano y pasandolos á las respectivas tiendas de las casas á que correspondan; y hecho esto se entregarán las llaves dejando las puertas cerradas y selladas, y mando á todos los Cuarteles y Guardias presten el auxilio que les pidan dichos Comisionados; y para constancia de todo les autoriso como dicho es por el presente en Guadalupe á 17 de Noviembre de 1810.

Capitan Comandante—*Joseph Antonio Torres.*

Viendo la moderación con que el Sr. Torres se conducía, el Ayuntamiento, á instancias del Mayoralazgo D. Ignacio Estrada, le pidió con fecha 16 del mismo mes que atendiendo á lo bien que se había portado el Sr. Presidente Brigadier D. Roque Abarca en los cinco años que había estado al frente de la provincia, así como á su avanzada edad, le permitiese permanecer en Guadalupe sin cargo ni destino alguno. El bravo insurgente accedió de buen grado á una solicitud que tan de acuerdo estaba con los sentimientos de su corazón, y en tal virtud el Sr. Abarca quedó enteramente libre, como lo estuvo también D. Tomás I. Villaseñor, el prisionero de Zacoalco, quien murió en 1818 habiendo pasado los últimos años de su vida en el convento de S. Juan de Dios á donde se retiró.

La generosa conducta de Torres y de Hidalgo con estos dos distinguidos realistas, resalta más si